

EL ESPAÑOL COLOQUIAL DE LA PATAGONIA.
LA TAREA DEL LINGÜISTA

Sra. Rectora de la Universidad Nacional del Comahue,
Dra. Ana Pechén de Dángelo
Sr. Presidente de la Academia Argentina de Letras,
Dr. Pedro Luis Barcia
Sr. Tesorero de la Academia, Dr. Federico Peltzer
Sr. Académico Correspondiente, Dr. César Eduardo Quiroga Salcedo
Sra. Secretaria Académica, Prof. Marina Barbabella
Sr. Decano Mgs. Guillermo Mario Villanueva
Estimados amigos
Señoras y Señores:

Agradezco las palabras de presentación del Dr. César Eduardo Quiroga Salcedo, compañero de Facultad allá en la que hoy nos parece tan lejana juventud platense. Por sus conceptos tan elogiosos como inmerecidos, muchas gracias:

Este momento es de síntesis en mi vida, cuando uno recorre los días de estudio y los días de trabajo para pagar esos estudios.

Y debo decir también, que estoy muy feliz de que una institución tan prestigiosa como la Academia Argentina de Letras se haya acordado de mí, en esta mi provincia: Río Negro. Siempre fue un sitio admirado. Allí están o estuvieron algunos de mis profesores de la Universidad Nacional de La Plata, como Ángel Batistessa, Juan Carlos Ghiano, Carlos Oría, Raúl Castagnino, Rodolfo Modern, Carlos Ronchi March, y amigas entrañables, como Berta Elena Vidal de Battini y Ofelia Kovacci. Comparten como miembros correspondientes otros colegas con quienes he compartido amistad y trabajo, como César Eduardo Quiroga Salcedo, Ana Ester Virkel, Nelly Donni de Mirande, Irma Cuña, Elena Rojas.

Quiero agradecer muy especialmente al Dr. Pedro Luis Barcia, quien como profundo conocedor de la realidad patagónica estableció una clara prioridad para que se incorporaran nuevos miembros de esta región a la Academia.

También quiero agradecer al Rotary Club, al Concejo Deliberante de Cipolletti y al intendente, Dr. Julio Arriaga, por las actitudes que han tenido hacia mí.

A la rectora, Dra. Ana Pechén de Dángelo; al vicerrector, Dr. Carlos Calderón; a la secretaria académica, Prof. Marina Barbabella; a mi decano y amigo, Mgs. Guillermo Villanueva; a los profesores y a todos los colegas, no docentes y alumnos con quienes compartimos tareas a diario en la Facultad. A quienes han organizado este evento, como Mariela Núñez, Rubén Cantera, Mgs. Diana Hugo, Prof. Néstor Andriani, Eugenio Iuseff.

A mi madre que tengo el placer de tenerla hoy conmigo, a mis hermanos y a mis entrañables familiares, muchos de los cuales hoy se han acercado para compartir este día.

Una mención especial para Susana, mi esposa y compañera, y para mi hijo Sebastián.

Al decir de Bernard Shaw, Inglaterra y Estados Unidos están separados por una lengua en común. Tal vez pudiera decirse lo mismo de España y los países hispanohablantes y, tal vez, podríamos decirlo también del habla de cada región argentina e, incluso, dentro de ella de cada zona geográfica, de cada grupo social y de cada nivel generacional.

La lengua de uso es variable y esa variabilidad se expresa de múltiples formas. La ilustre académica Vidal de Battini nos dejó un mapa dialectológico de la Argentina que nos ha servido en estas cuatro décadas para marcar diferencias y similitudes en el español de nuestro país. El desarrollo de los estudios lingüísticos nos ha abierto múltiples ángulos de análisis. Particularmente, durante estos últimos veinte años se han realizado significativos aportes, de manera especial, referidos a la Patagonia que se va conformando como una nueva región lingüística con rasgos diferenciadores propios.

La irónica referencia de Bernard Shaw no debe servir para pensar que estoy postulando una fragmentación del español como alguna vez, allá por 1910, hizo el francés Antoine Abeille, autor del folleto denominado "Idioma de los argentinos", en el que proponía una lengua

nacional independiente de la castellana o española. De haber sido aceptada esa propuesta, hoy el español de la Argentina seguramente tendría la misma suerte que ha corrido el francés en Haití.

Por la lengua española estamos unidos en todos los continentes. Podemos transitar por ellos sabedores de poseer uno de los instrumentos más valiosos del mundo actual: una lengua internacional. Mas esa lengua no debe concebirse como una unidad homogénea, sino que es y ha sido su diversidad interior la que ha fortalecido y revitalizado su vigencia en el mundo. Y esa fortaleza se afirma en la convivencia multilingüe.

Ramón Menéndez Pidal (citado por Rosenblat: 35) decía en el Congreso de Academias de la Lengua en 1956, refiriéndose a la dicotomía unidad o fragmentación:

[...] la pronunciación de un idioma se formará mañana con acento universal. La palabra radiodifundida pesará sobre el habla local de cada región: las variedades dialectales se extinguirán por completo.

Sin embargo, casi medio siglo después puede decirse que ese enfoque ha sido equivocado: las variedades regionales no han desaparecido, sino que se han desarrollado aún más y no sólo en la América hispanohablante, sino también en España. La existencia de estas variedades no ha significado la fragmentación de la lengua, ya que –y en esto algo de razón debe dársele al más eminente historiador de la lengua española– los medios de comunicación han cumplido una cierta función cohesiva, al menos en el registro formal. Por otra parte, la función unificadora de la lengua se ha dado a través de la escritura y en este campo las academias, las sociedades de lingüística y la institución escolar han desempeñado una función central.

En esta globalización donde las identidades tienden a cruzarse por el contacto que implica la interculturalidad, se mantienen tribus o enclaves lingüísticos donde hallamos ciertas variaciones sociales, generacionales, de registro y geográficas.

En un tiempo, la Generación del 80 pensaba que la lengua unificaba y a través de ella se absorbían las identidades de los inmigrantes y de los pueblos indígenas originarios.

Hoy las tribus existen, sobrevivieron a la ideología ásimilacionista, están en las ciudades y se manifiestan a través de códigos de carácter

generacional que llamamos cronolectos; uno de cuyos casos más notorios se da en el lenguaje de los adolescentes.

En esta oportunidad, quiero presentar ante ustedes una tribu rural, una tribu de campo donde la gente habla con palabras poco conocidas por los urbanos. Así como existe un lunfardo carcelario, así como Julio Cortázar inventó el glíglico en Rayuela, así también hay variedades del castellano en ciertas zonas rurales. A diferencia de los códigos inventados, ésta es una variedad de uso real. Son estructuras lingüísticas que pocos diccionarios han logrado apresar.

Como hizo Ángel Rosenblat en *Nuestra Lengua en ambos mundos*, trataré de ofrecer dos perspectivas: la del ingenuo y ocasional curioso que descubre un mundo nuevo en cada encuentro con la lengua de la región que está conociendo y la del lingüista que interpreta tales hallazgos.

Siempre me he planteado cuál es la función del investigador de la Lengua en la tarea de campo, cuando está recogiendo las muestras para su laboratorio; una tarea difícil de aprender y también de enseñar. Un camino que debí recorrer muchas veces solo, aunque siempre acompañado por una máxima que mi querido maestro Demetrio Gazdaru me enseñó: *no hay tarea difícil, ni problema insoluble. Lo importante es persistir. Se puede.*

Hablar sobre la lengua es hablar sobre mi experiencia sorprendiéndome con la lengua, donde sorpresa significa descubrimiento, ámbitos nuevos.

En mi trabajo como lingüista he conocido muchos lugares aislados de las ciudades más populosas de mi provincia y también de Neuquén. Y cada encuentro ha sido una visita a espacios de descubrimiento: un viaje lingüístico. Como hizo ese gran humanista y dialectólogo, que vivió en nuestra región y desde donde se proyectó al mundo, don Ángel Rosenblat, en cuyo espejo me miro, voy a referirme en primer lugar a cómo he ido aprendiendo el hablar de la gente de las zonas que llaman rural.

Andaba por tierras de campo abierto, donde escasean los *mallines*, que así llaman a los terrenos enlagueados donde crece un tipo de pasto llamado *mallín*. A nuestra llegada a la escuela, nos recibió el portero. Las presentaciones incluyeron los apellidos que resultaron coincidir.

“Tenemos *apellido alcanzado*”, comentó. Amigo de las comparaciones, el hombre me explicó: “es como *tocayo*, pero de apellido. Acá, si es en el varón le decimos *toco* y si es en la mujer, *toca*”.

“*Asientito*” –me dijo– pidiéndome que me sentara en un banco recubierto por un *camino* o alfombra de telar.

En la charla entre mate y mate, diálogo obligado en estos lares, me comentó que sabiendo de mi visita, su esposa me había preparado un *cariño*. Ante mi sorpresa, me aclaró que se trataba de un regalo. A la cocina, en el recorrido por su casa, se acercaron dos niñas que no tardó en presentar como sus hijas: “ésta es la *mayora* y la otra la *menora*”. Esta vez resultaban obvias las correspondencias así que no pregunté.

“Como sabía de su viaje, me *recordé* temprano” –aclaró refiriéndose a que se había despertado a la madrugada.

“Vamos a la escuela”, invitó. “Es sábado y viene la *señorita Social*, los maestros se fueron al pueblo, pero hay algunos *colegiantes*”. “Estudiantes”, observé. “Sí, lo mismo, *escolares*. Hoy les preparé un poco de comida, pero me han dejado *custodio*”.

“A ver, vení vos”, dijo llamando a uno de los chicos. “*Chascón*, dejaste *concho* en el plato. Parece que tomaste *chupilca* antes de venir”. Ante la protesta del chico, le espetó con rostro enjuto: “no me vengas con esas *coilas* de siempre”.

A medida que caminaba por el patio, mi silencio se hacía cada vez más profundo. Qué variante habla esta gente, pensaba. *Chascón*, *custodio*, *concho*, *chupilca*, *señorita Social*, *coila*, nunca había oído esas palabras o de alguna sólo tenía una vaga referencia. Así que decidí detenerme y salir de esas dudas que ya iban siendo un mar de dudas, dignas del diccionario de Manuel Secco o de una investigación propia de la geografía lingüística y de un viaje imaginario de Berta Elena Vidal de Battini o de don Manuel Alvar, maestros de dialectólogos y sociolingüistas.

“A ver explíqueme, señor portero”, le pedí.

Y de allí salió que *custodio* o *concho* era equivalente a “sobras”; *chascón* iba por tener el cabello largo y despeinado; *chupilca* le dicen al *ñaco* mezclado con el vino; *ñaco* es la harina de trigo tostado, la *señorita Social* es la Asistente Social y *coila* es una palabra mapuche que significa “mentira”.

Varios chicos que jugaban a la bolita se atropellaban entre sí:

“Le *chujaste*”, dijo uno. Recordé, entonces, el *pifiar* del billar y el más formal *errar*.

A esta altura, mi placentero viaje turístico se había convertido en una investigación dialectológica y mi inseparable libreta de apuntes ya tenía varias hojas escritas. Tendré que leerlo a don Nicasio Soria, me dije, pensando en el maestro roquense, autor de *Bueyes Perdidos*, cuya obra atesora numerosos regionalismos y anécdotas de su vida como maestro rural. Estaba registrando cada palabra que me sonara distinta. Después de todo, aquello era castellano también; eran sus sonidos y su gramática, aunque el léxico se disparara a cada rato hacia algún lugar desconocido de mi diccionario regional. Estaba frente a una experiencia nueva con palabras que me abrían nuevos panoramas. Era hora de aprender. Y decidí no sorprenderme en adelante, sino escuchar y tomar atenta nota.

Para refrescarme de tanto *frangollo* léxico salí a caminar por los alrededores de la escuela, acompañado de mi inseparable anfitrión. Me había enterado que *frangollo* era una sopa de trigo molido muy fino y cuyo significado también se aplicaba a “confuso”, mi estado mental de ese momento.

“El tiempo está *heloso*”, me dijo, refiriéndose al frío cortante que sentíamos, “y los animales han quedado *flacazos*”, aclaró. La mujer del portero preparaba *apol*, una comida en la que se cocinan los pulmones del cordero con su sangre y que es condimentado con ají, sal y pimienta; y allí me enteré de que ése era su *cariño*.

Pude observar que en el patio de la escuela había varios chicos que permanecían aislados, sin participar del partido de fútbol que ese sábado se jugaba en la cancha. “Esos son *coltros redondos* que vinieron de *arriba*”.

Ante mis ya sistemáticas e ineludibles preguntas, me aclaró:

“Son chicos que nunca vinieron a la escuela, *lobos* les decimos también, “*nalfabetos*”. Viven en los cerros, de arriba, y ahora bajaron”.

No pude dejar de recordar la referencia de Lucio V. Mansilla (1966: 83) sobre arribeños y abajinos.

“Al oeste le llaman *arriba*. Al este, *abajo*”.

En nuestro valle *arriba* es cuando se remonta el río, mientras que a favor de la corriente se le dice *abajo*. Es según la dirección del río o por venir de la zona más alta.

Me había quedado la incógnita sobre el significado de *coltro* y no dudé en preguntar. “Son los nenes, las *guaguas* que dicen los chilenos, hasta los seis, siete años les decimos *coltro*, *coltrito*, *contrita*, misma cosa”, aclaró para despejar dudas.

Luego de comer el jugoso *apol*, que acompañamos con pan hecho al *rescoldo*, es decir horneado entre las cenizas, me invitó a conocer un campo cercano. Imaginando alguna sorpresa acepté gustoso. Así que subimos al carro que llaman *catango*, tirado por dos bueyes, y partimos. En los alrededores de la escuela, se veía una majada de chivas. “Es un *piño*, también le decimos *chivada*”. A lo lejos se veían pehuenes, ñires y lengas que denominó *pinalería*.

“Ud. que es hombre de ciudad (no sé si esto último fue con sorna o no), no debe conocer esto”, y entramos a una habitación donde se destacaba un viejo baúl. Al abrirlo aparecieron distintos tipos de calzado. “Esto es lo que usamos *en vece* ya sea invierno o verano”, me indicó. Y comenzó a detallar, a la par que señalaba: *ojota*, *chala*, *retobo*, *chihue*, *tsumel*, *tamango*, *enchihuadas*, *calmorro*.

La *ojota* tiene una plantilla de cuero de chivo que se ata con tientos sobre el empeine; la *chala*, que se hace de cuero de caballo y plantilla de madera, generalmente de lenga, con tiras de cuero y es igual de baja que la *ojota*; el *retobo* son los trapos con que se envuelve la pierna hasta la rodilla, una especie de media porque después se le pone la *ojota*; el *chihue* es una raqueta de nieve hecha con caña colihue, medio redonda y trenzada con tientos donde se apoya el pie ya calzado; las *enchihuadas* son botas que van hasta la pantorrilla, está abierta adelante y atada con dos tientos que se van cruzando; es parecida a la bota de potro que le dicen *tsumel* en mapuche y se fabrica con la pata trasera del caballo y es cerrada hasta la rodilla; el *tamango* es de cuero de oveja y sin curtir, o sea rústico, con el que se envuelve el calzado para protegerse del frío y la nieve; el *calmorro*, en cambio, es un calzado de suela gruesa usado para caminar sobre terreno pedregoso.

Antes de regresar, ya que al portero le había entrado la *dejación*, o sea el cansancio, compartimos la vianda que su mujer nos había preparado. Dije vianda, pero en realidad allí se lo nombra como *roquin*.

Como estaba *entumido*, vocablo con el que corrigió mi “entumecido”, decidí caminar a la par del *catango* tirado por un par de

bueyes en cuyo *cachos* (y allí volvió a corregir lo que yo había llamado “cuernos” por ser ésta “mala palabra”) se afirmaba el yugo.

“¿Va *rastrajeando* algo?”, preguntó. Me enteré entonces, de que *rastrajeo* es andar caminando con la vista fija en el suelo como buscando algún objeto perdido.

Sin duda, aquel fin de semana había resultado productivo, lingüísticamente hablando. También había descubierto un lenguaraz, que se situaba en el papel de intérprete, que constantemente oscilaba entre su rol de cicerone y mediador, que se veía en la obligación de aclararme las dudas que sobre el léxico de la zona se iban presentando. Esa mediación se había cumplido, y yo regresaba con una libreta de apuntes plena de datos y vocablos hasta entonces desconocidos para mí, como *acaserado*, *achoyoncar*, *acuadrillar*, *ayuntao*, *chichoca*, *conversista*, *enferemarse*, *escorial*, *lamiar*, *ñachi*, *veterano*, *lechando*, *guacharaje*, *junta*, *leñatera*, *librar*, *maladoso*, *mejorar*, *mento*, *mesada*, *mesturar*, *nervioso*, *nojar*, *niñatera*, *pilucho*, *planiza*, *ramonear*, *sobreparto*, *suertear*, *tejendera*, *tumba*, *trapicar*, y muchos más.

Un amigo nuevo y un viaje al interior de la lengua que no olvidaría fácilmente. Había andado por recovecos poco visitados, con gente rara vez consultada, pero que son también el idioma, la lengua castellana y española.

El portero, a esta altura era ya *mi* portero, mi guía, mi amigo y era todo un pozo de sapiencia donde en otro momento continuaría buscando, buceando.

Me acordé de que “puerta abierta al santo tienta”; yo no sería el santo, pero él sí era quien me abría la puerta a un nuevo conocimiento de la lengua.

Había andado un largo camino aprendiendo las voces empleadas en esa zona. Así fue creciendo la posibilidad de hallar paralelismos, de organizar categorías según correspondencias sociales y lingüísticas, así fueron surgiendo algunos aportes que la literatura lingüística me reconoce como propios, tales como el concepto de variedad no estándar para el castellano de la Patagonia, la diferenciación interna dentro de esta variedad entre español *apaيسانado* y español *mapuchizado*.

El estudio del español de la Patagonia se halla en situación embrionaria, no sólo por el escaso desarrollo de la investigación en este campo, sino también por las sorpresas que nos presenta cada cala que realizamos en el complejo mundo de sus hablantes. Hay temas,

como el que estoy presentando, de los que se tiene aún muy poca información.

Se ha comenzado a estudiar la región sociolingüísticamente más compleja y menos trabajada de la Argentina. De algunas provincias, como Santa Cruz y Tierra del Fuego, recién a partir de estos últimos años se tiene alguna noticia del estudio de esa variedad. Coadyuvan a esa complejidad varios factores: se trata de un zona geográficamente muy amplia, que incluye cerca de la tercera parte de nuestro país con 787.290 kms² para 1.725.769 habitantes, dando una densidad de 2,2 habitantes por km², según el último censo nacional realizado en el 2001.

El poblamiento patagónico autóctono estuvo conformado por diversas etnias, de las cuales se mencionan las que se han mantenido durante el siglo XX: tehuelches, mapuches y fueguinos. Los primeros, constituidos por los tehuelches del sur y del norte; un segundo grupo, conformado por picunches, puelches, pehuenches, ranqueles, huiliches y otros; y los fueguinos, integrados por *selk'nam* (onas), yaganes (yámanas) y *kawéskar* (alakalufes).

Hay también un poblamiento precampaña al desierto realizado por los galeses a partir de mediados del siglo XIX, y de reducidos grupos de españoles en la costa atlántica a fines del siglo XVIII. Tras la guerra contra el indio, comienza la inmigración masiva de carácter europeo conformada por italianos, españoles, franceses, rusos, ingleses, polacos, alemanes y otros, así como por los grupos de origen asiático, básicamente sirios y libaneses. Hacia los años sesenta, se produce un gran desplazamiento interno de comprovincianos procedentes de Buenos Aires, Catamarca, Mendoza, Corrientes, La Pampa, Córdoba, ciudad de Buenos Aires y de chilenos procedentes de las regiones 8.^a, 9.^a y 10.^a. La causa de esta emigración masiva debe atribuirse al desarrollo hidroeléctrico (construcción de grandes represas hidroeléctricas), gasífero y petrolero, así como a la expansión del agro. Durante los años ochenta y en adelante se agregan contingentes de paraguayos y bolivianos.

La conformación, pues, de la Patagonia, ha sido muy variada. Sin embargo, hay un dato relevante: lo constituye el hecho de que la población rural en los últimos cinco años ha emigrado hacia las ciudades, pero dentro de la misma región. Todos estos datos deben ser

tenidos en cuenta a la hora de estudiar la variación lingüística del español de los patagónicos.

La información bibliográfica sobre el castellano del sur argentino es escasa y los trabajos existentes han sido realizados con distintos enfoques que dificultan el estudio comparativo.

Pueden plantearse algunas preguntas para iniciar las investigaciones en torno a posibles hipótesis sobre esta región lingüística. Algunos de los interrogantes que suelen formularse como base de hipótesis para investigar son los siguientes:

¿Qué variedades se hablan del español? ¿En qué regiones y niveles sociales, generacionales y contextos se emplean dichas variedades? ¿Hay o no un *continuum* lingüístico con el español llamado del Litoral? ¿Esto se da en todas las variantes? ¿Hay subregiones lingüísticas en la Patagonia? ¿Hay un castellano rural distinto de un castellano urbano? ¿Puede observarse un proceso de convergencia dialectal en alguna o en todas sus variantes? ¿Qué lenguas se hablan, además del español? ¿Qué vitalidad tienen éstas? ¿Cuál es su distribución geográfica? ¿En qué niveles generacionales se mantienen dichas lenguas? ¿Hay diglosia? ¿Qué grado de influencia tienen sobre el español? ¿Qué enfoque sociolingüístico se adoptará para el estudio de esta realidad? ¿Cuáles son los niveles lingüísticos seleccionados para el análisis?

La respuesta a estas preguntas constituyen todo un programa de investigación.

Para introducirnos en estos temas es necesario hacer un comentario previo sobre las variantes dialectales de la Argentina. Vidal de Battini (1964) habla de cinco regiones dialectales: Guaranítica, Noroeste, Cuyana, Central y Litoral. Esta última abarca las provincias de Santa Fe (región sur), Buenos Aires, La Pampa, parte de Entre Ríos; la región de la Patagonia y la ciudad de Buenos Aires. Fontanella (2000), que también incluye a la Patagonia en la región Litoral, marca algunas diferencias con respecto al criterio de Vidal de Battini, ya que le asigna a la provincia de Neuquén otros rasgos lingüísticos. Los explica como consecuencia del poblamiento mendocino y chileno, particularmente la región del norte neuquino como Chos Malal.

En estudios posteriores, se ha comenzado a analizar la influencia del *mapudungun* sobre el castellano, tratando de superar la sospecha que dejó la gran discusión sobre la teoría indigenista de Rodolfo Lenz

y analizando casos pormenorizados y sin generalizaciones riesgosas (Acuña 1997; Acuña y Menegotto 1992, 1993; Fernández 1995; Fernández y Simons 1992).

Cabe señalar que uno de los actuales temas de análisis es si la Patagonia es una región que forma parte de la llamada Litoral o de una 6.^a región, sociolingüísticamente hablando. El tema ya ha sido planteado por Acuña (1997). Para poder adentrarnos en el estudio de esta nueva hipótesis, es necesario poseer más información de la que se tiene hasta ahora.

Una primera aproximación a este análisis permite inferir la existencia de un *continuum* sociolectal entre la variante estándar del Litoral y la Patagonia, pero con diferencias entre las variedades no estándar de ambas regiones. Esta hipótesis está siendo trabajada y hay investigaciones que se hallan en proceso.

Hay tareas que aún debemos darnos desde la perspectiva del estudio sociolingüístico. Es necesario analizar algunas oposiciones que históricamente se han planteado sobre el castellano rural y el urbano como categorías distintas y enfrentadas. Separaciones entre variedades estándar y no estándar y su distribución diastrática y diatópica; delimitar las subvariedades no estándar del castellano *mapuchizado* y el *apaísado*. Es necesario estudiar si hay un proceso de koiné o sincretismo o de dispersión de variedades donde cada una mantiene sus rasgos sin confluír hacia una variedad única (Virkel 1995, 2000).

La dirección del cambio lingüístico parece no estar definida aún y no es planificable dado que no podrían preverse todas las variables convergentes. Recordemos la utopía del ilustre don Ramón Menéndez Pidal.

Suponer que hay una variedad urbana distinta de una rural lo desmiente la actual movilidad migratoria hacia las ciudades; que cada una posee rasgos de homogeneidad es una hipótesis en discusión y responde a simplificaciones que no han sido probadas. Hablar un mismo sociolecto en un mismo espacio geográfico, como puede ser una zona rural, no implicaría que todos los usuarios empleasen la misma variedad, ya que ello supondría, por ej., que no existieran variedades diastráticas.

¿Cuáles serían, pues, las certezas sociolingüísticas? Que ahora hay hipótesis de trabajo serias que hace una veintena de años no existían, cuando sólo poseíamos algunos datos difusos, casi a nivel de creencia sobre los rasgos del español patagónico.

En nuestro caso hemos presentado sólo algunos aspectos de una variedad dialectal, en tanto habla de una región, que se manifiesta en una cierta homogeneidad social.

Y por aquello de “libro cerrado no saca letrado”, nos hemos propuesto abrirlo y estudiarlo.

He presentado un área sociolingüística donde se habla un español criollo con alternancias de formas apaisanadas o rurales. Pero en ese mismo ámbito hay espacio también para otras manifestaciones del español que abarcan a todos los sectores sociales. Son los rasgos más generalizados, propios de la identidad argentina, algunos más acentuados en nuestro sur. Me refiero al voseo, el yeísmo, la /rɾ/ vibrante múltiple y un léxico decididamente patagónico.

La región lingüística patagónica es totalmente voseante. El uso del *vos* por el *tú* se ha generalizado, pero que en el resto del país tiene variaciones como las señaladas por Donni de Mirande (2000: 77), quien identifica un paradigma mixto de alternancia entre *vos* y *vosotros* en el noroeste, formas de tuteo en Santiago del Estero y formas diptongadas del tipo *cantáis* en Cuyo y centro del país. La Patagonia, en cambio, registra el uso extendido en todos los sectores sociales y generacionales del voseo con formas verbales monoptongadas como *cantás*, *corrés* o *salís*. Dicho uso ha producido una variación en el sistema verbal patagónico.

El empleo de la /rɾ/ vibrante múltiple identifica la región patagónica con la Litoral y la separa del resto del país donde predomina la fricativa asibilada.

También aparece el yeísmo en el cual se da la fusión de las palatales, pero que, a diferencia del español porteño, no aparece tan ensordecido.

En el plano léxico, la Patagonia (Fernández 2003) está nítidamente diferenciada por una toponimia predominantemente mapuche en la provincia de Neuquén, y tehuelche y mapuche en las provincias de Chubut y Río Negro; y de notoria influencia tehuelche y de las lenguas fueguinas en las provincias de Santa Cruz y Tierra del Fuego. Son topónimos mapuches, *Mainqué*, *Chimpay*, *Chichinales*, *Choele Choel*, *Cutralcó*, *Catriel*, *Nahuel Huapi*, *Bariloche*, *Ñorquinco*, *Chelforó*. En la antroponimia, registramos *Ailén*, *Ayelén*, *Manqueo*, *Colimán*, *Rañinqueo*, *Cayunao*, *Nahuelpán*, *Namuncurá*; de la zoonimia mencionamos formas tales como: *mara*, *luan*, *nahuel*, *choique*, *yene*;

mientras que en la fitonimia –uno de los campos léxicos de mayor vitalidad– hallamos vocablos tales como: *coirón, michay, luma, chapel, notro, nalca, ñire, coihue, ñancolahuén, lenga, radal, liuto, palqui, maitén, pehuén*.

Nombres de origen quechua, como *chacra, pampa, cóndor, pucho, ñandú, amancay, molle*, de uso general en todo el país, mantienen aquí también su vigencia, alternando con otros de origen mapuche, así el *cóndor* es el *manque*, *guanaco* el *luan*, *ñandú* el *choique*, *amancay* el *liuto*, *puma* el *pagni* o *trapial*.

El español de la región reconoce voces tan hispánicas como las patagónicas *bardas* que rodean nuestros valles. El mismo topónimo Patagonia, que Hernando de Magallanes impuso en 1520 para denominar a la tierra de los pobladores originarios, fue tomado de la novela de caballerías Primaleón del siglo XVI. Este vocablo que geográficamente nos contiene evocaba los confines del mundo en la literatura universal y aún hoy mantiene ciertos rasgos de exotismo para los habitantes de otras partes del mundo.

Sin duda alguna, los argentinos tenemos una clara identidad lingüística. Nos reconocemos y nos reconocen a través de múltiples formas, pero sobre todo por el *che* de origen valenciano, pero patentado con signo nacional.

La identidad lingüística patagónica forma parte indisoluble del español de la Argentina, unos retazos que cruzan el país en múltiples direcciones, pero que siempre nos acercan en el uso del *che*.

La diversidad dentro de una lengua no es enemiga de la unidad; diversidad no se opone a unidad, sino a uniformidad. La lengua común es la que nos gobierna. Hiedegger decía que el hombre se comporta como si fuera el creador y el dueño del lenguaje, cuando es éste, por lo contrario, su morada y su soberano. Cuando esta relación de soberanía se invierte, extrañas maquinaciones vienen al espíritu del hombre.

He realizado un recorrido lingüístico por palabras que son propias de nuestra región, que se usan en las zonas rurales cordilleranas, en los valles y en la Línea Sur. La mayoría de ellas no están descritas en los diccionarios. Como si no existieran. Pero viven en la mente y en el habla cotidiana de muchos patagónicos. Y ésa será mi primera tarea en la Academia: trabajar para incorporarlas. Ya tiene Ud., Sr. Presidente, mi primer proyecto.

Dice un antiguo refrán español: “La ciencia es locura si buen seso no la cura”. Y alude a que la sabiduría del hombre no consiste sólo en el acopio de conocimientos, sino en saber regir bien su vida por ellos. Esto es lo que siempre hemos tratado de hacer.

Y para finalizar mi conferencia, quiero hacerlo con una breve romanceada mapuche (Fernández 1989: 101) que una vez me enseñó don José Cayunao:

Ya es tarde
Y me tengo que ir.
Se terminó la romanceada
Porque no hay luna
Para caminar la noche.

Muchas gracias.

César Aníbal Fernández

Bibliografía

- ACUÑA, MARÍA LEONOR. “Algunas observaciones sobre variedades dialectales en Patagonia”. En *Actas del IV Congreso Argentino de Hispanistas*. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, 1997.
- ACUÑA M. L. y A. C. MENEGOTTO. 1992. “Dativo sin «a» y verbos pronominales sin «se»: rasgos dialectales del español de zona mapuche”. En *Revista Argentina de Lingüística* 12. 13-20. 1993.
- “Plural nominal en la zona de influencia mapuche de las provincias del Neuquén y de Río Negro”. En *Actas. Primeras Jornadas de Etnolingüística*. Volumen 1. Rosario: Universidad Nacional de Rosario, pp. 7-14.
- DONNI DE MIRANDE, NÉLIDA. “El español en el litoral”, pp. 63-100. FONTANELLA DE WEINBERG, MARÍA BEATRIZ, coord. 2000.
- FERNÁNDEZ, CÉSAR, comp. *Relatos y romanceadas mapuches*. Buenos Aires: Ediciones del Sol, 1989.
- FERNÁNDEZ, CÉSAR. “Algunos rasgos del español no estándar del sur de Neuquén”, 1995. En *Anuario de Lingüística Hispánica*. Universidad

- de Valladolid. Vol. 11 (1995), 137-149. *Los Nombres de la Tierra Patagónica*. Patagonia, Lácar, Colihue y otros nombres de plantas y lugares. Buenos Aires: Editorial Maitén, 2003.
- FERNÁNDEZ, CÉSAR e INÉS SIMONS. *Lingüística Aplicada*. Módulo 1. Curso de perfeccionamiento para maestros de escuelas mapuches. Neuquén, Consejo Provincial de Educación, 1992.
- FONTANELLA DE WEINBERG, BEATRIZ, coord. *El español y sus variedades regionales*. Buenos Aires: Edicial, 2000.
- MANSILLA, LUCIO V. *Una excursión a los indios ranqueles*. Buenos Aires: Kapelusz. 2 vols, 1966.
- ROSEMBLAT, ÁNGEL. *Nuestra lengua en ambos mundos*. Madrid: Salvat Editores y Alianza Editorial, 1971.
- VIDAL DE BATTINI, BERTA ELENA. *El español de la Argentina*. Buenos Aires: Consejo Nacional de Educación, 1969.
- VIRKEL, ANA. “¿Español de la Patagonia o español patagónico?” 1995. En *Actas del IV Congreso Internacional de El español de América*, Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile. 2000. *Chubut. Habla y contexto social*. Comodoro Rivadavia: Editorial Universitaria de la Patagonia.